

LA IDENTIDAD LATINOAMERICANA EN EL DISCURSO DEL INCA GARCILASO

Roberto Cañas Quirós

“La historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria”, José Martí.

I. EL MESTIZAJE CULTURAL

El Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) fue una de las primeras y más representativas figuras del mestizaje criollo, que vivieron el drama y el dilema que significa la búsqueda de la identidad. Difícilmente se podría argumentar como se ha sugerido, que su condición era la del “primer peruano”. Esta aseveración es prematura si se toma en cuenta que el Perú² todavía no existía como país y que el mestizaje apenas estaba en su fase incipiente. La posición del Inca, como después se verá, dista mucho de caer en un falso localismo.

El nacimiento de Garcilaso fue el resultado de la dominación española y el sometimiento incaico. Siete años después de la conquista del Cuzco, nace como fruto de dos fuerzas “antagónicas” que seguirán marcando tanto su personalidad como su obra. Por un lado, procede de una unión natural e ilegítima que los conquistadores imponían a los vencidos: los padres de Garcilaso nunca se casaron, aunque sí celebraron después matrimonios con terceras personas. Y por otro, se conjugan en el mestizo latinoamericano las sangres más nobles: el padre era Garcilaso de la Vega, un capitán español que protagonizó la conquista de los incas y que descendía de ilustres poetas como Jorge Manrique, el Marqués de Santillana y Garcilaso de

la Vega; mientras que por el lado materno, provenía de Cimpu-Occho, una princesa que era nieta de Túpac Yupanqui, antepenúltimo gobernante de la dinastía incaica.

La infancia de Garcilaso transcurre en el Cuzco, en donde se conjuga la educación indígena con la española. Desde temprano fue formado como jinete, lo cual en ese entonces constituía un rasgo típico de hispanidad, puesto que los incas le tenían miedo al caballo. A los veintiún años fue a España y no volverá más a su tierra natal. Se sabe que consiguió un permiso para regresar a las Indias, pero resultan inciertas las causas que frenaron su intención. Los últimos años de su vida, tienen una profunda significación nostálgica y se orientan a salvar del olvido y de escribir la verdadera historia incaica. En el año 1609 publica los *Comentarios Reales*, y en 1617, un año después de su muerte, se edita la *Historia General del Perú*.

Resulta interesante que en Garcilaso se funden en su conciencia de intelectual, una hibridez histórica, racial y cultural. Quizás la forma de aclararse la mezcla de su sangre haya sido a través de la pluma de escritor. A lo largo de los *Comentarios* afirma su condición de indio y la honra que siente de ello. No piensa que el origen indígena sea una limitación, ni mucho menos que los rasgos

físicos diferenciales entre mestizos y españoles aumenten o disminuyan el valor de la persona.

La obra de Garcilaso no refleja ni resentimiento ni amargura, ni se pone en contra de un bando para defender al otro, más bien su rol de escritor estaba dirigido tanto a indios como a españoles: "porque de ambas naciones -decía- tengo prendas"; "decir que escribo encarecidamente por loar la nación, porque soy indio, cierto es engaño". También se enorgullecerá de su ascendencia española, pero en este caso buscará un reconocimiento al tratar de obtener éxito en la carrera de las armas, en el campo eclesiástico, como traductor y finalmente como cronista. Cuando desempeña esta última actividad, se añade a sí mismo el apelativo "Inca", que no sólo le hace subrayar la condición de indio noble, sino también porque evoca la imagen del "hombre natural", más inocente y moral -desde la perspectiva renacentista- que el hombre europeo³. Al dejar de llamarse Gómez Suárez de Figueroa y ponerse el nombre del "Inca Garcilaso", con ello no hace sino rescatar la mezcla de su sangre. Su posición contrasta con la obsesión española por la pureza de la sangre, que valoraba exclusivamente a aquellos cuya prosapia correspondía con la de "cristianos viejos".

Los *Comentarios* constituyen una obra compleja en donde no se puede penetrar con total claridad en las verdaderas intenciones del Inca. Quizás en este escrito se transparente la continuación, en otro terreno, de un alegato jurídico. El Consejo de las Indias rechazó la petición de Garcilaso que, como heredero de un conquistador, podía hacerse acreedor a la posesión de indios y tierras en el Nuevo Mundo. Sin embargo, como su padre había favorecido con la ayuda de un caballo al traidor Gonzalo Pizarro, se le niega a su descendiente el derecho de gozar de un repartimiento en las Indias. Por eso en diversas partes de su crónica, intenta probar que su padre siempre fue fiel a la Corona, dando a entender que el fallo legal emitido en contra de ambos fue inmerecido. En todo caso, en el texto del Inca subyace el deseo de hacer efectivo en el plano moral, lo que no había sido posible mediante la reclamación jurídica.

También los *Comentarios* significan uno de los primeros intentos de valorización de la cultura

indígena. Garcilaso vindica a los indios de los cargos de incultura, barbarie y salvajismo que muchos españoles le endosaban bajo el estigma de la inferioridad y el menosprecio. El Inca reacciona contra el discurso oficial colonialista que rechazaba todo lo incaico como barbarie y tiranía. Esta campaña ideológica fue promovida en el Perú por el virrey Francisco de Toledo por los años 1565 - 1570. Por eso en la Historia General del Perú, Garcilaso critica la política carente de humanidad y clemencia que el virrey emprendió al desterrar a los indios de sangre real y a los mestizos, y, sobre todo, la ejecución del noble príncipe Túpac Amaru⁴. A la luz de estos hechos, el Inca utiliza como estrategia, la elaboración de una apología de su civilización natal. La incultura y la barbarie las sitúa en los pueblos preincaicos. Pero a partir de Manco Cápac y de la subsecuente dinastía incaica, floreció un imperio que llegó a desarrollar altísimos valores morales, con filósofos y poetas, con construcciones arquitectónicas y acueductos incomparables, con conocimientos científicos, matemáticos y médicos, y con grandes exponentes de la música⁵. La civilización incaica es tan válida como cualquier otra, ya sea de la antigüedad, la Edad Media o del Renacimiento. A partir de los Diarios de Colón, los indios no fueron percibidos como poseedores de cultura, sino sólo como parte de lo natural. Incluso la desnudez física de los indios del Caribe era el símbolo de la carencia cultural. Si por un lado también se rescataba la idea renacentista de la inocencia del hombre natural, no por ello se dejaba de recalcar la figura del caníbal degenerado. Un cronista adulador de reyes como Sepúlveda, consideró que los indios eran literalmente bestias, justificando su esclavitud a raíz de una supuesta inferioridad moral. Desde su punto de vista, el español era el civilizado que contaba con una naturaleza superior, la cual lo facultaba para esclavizar lícitamente a los indios, quienes eran salvajes, depravados y adoradores del demonio. A pesar de que este planteamiento no fue la tesis oficial del imperio español, sí constituyó la ideología imperante durante la conquista y la colonización americana.

El Inca en su condición de mestizo, fue capaz de abreviar las mejores aguas de la cultura, la

religión y la moral de la época. Prueba de ello es su inmersión en el pensamiento humanista y en el catolicismo; para no hablar de su dominio lingüístico del quechua, su lengua materna, como del latín y del español, y del italiano cuando fue traductor de la obra neoplatónica los *Diálogos de Amor* de León Hebreo. Todos estos elementos hacen precisar que el Inca asimila los modelos clásicos y renacentistas para percibir el mundo americano⁶. Sin embargo, no se trata de una aplicación mecánica de éstos, sino de asumirlos como un marco conceptual que favorece la interpretación de la propia realidad. Las categorías europeas no las emplea a la usanza de un europeo típico; tampoco las categorías de su pueblo natal las reproduce como un indio nativo. Los moldes que aprende del Viejo Mundo, significan la estrategia que le permite sustentar universalmente el pasado glorioso y heroico de los incas. En todo caso, la historia y la conquista del Perú no podrían ser cabalmente relatadas por un historiador español o por un indígena autóctono. La autoridad sólo le pertenece al mestizo como *intermediario* entre dos mundos.

La condición mestiza y bicultural del Inca, le permite traducir un mundo cuya percepción había sido concebida desde cánones europeos y no americanos. El indígena carece de una voz que pueda ser comprendida, al pasar por la parcial interpretación que hace de ella el europeo. La imagen colombina, revelaba un mundo visto desde la óptica de los *Viajes* de Marco Polo al oriente; mientras que el lente bíblico que utilizaba Las Casas, lo hacía visualizar a América como el estado adánico. Tampoco los cronistas europeos, aun liberándose de los prejuicios, lograron captar el espíritu de la civilización incaica. Es más, a veces los relatos eran completamente distintos, a pesar de referirse a los mismos hechos. Por eso fue necesaria la intermediación de un mestizo, que fuera capaz de revalorizar lo propio a partir de una descodificación en esquemas renacentistas. Con buen tino Prescott dijo que "la diferencia entre leer sus *Comentarios* y los relatos de los escritores europeos, es la misma que hay entre leer una obra en su original o en una traducción escueta. Los escritos de Garcilaso son una emanación del espíritu indio"⁷.

El papel de mediación que realiza el mestizo latinoamericano, no se limita sólo a establecer un canal de comunicación entre dos culturas que mutuamente se incomprendían. En él se anima la conciencia de la *originalidad* de la cultura incaica, la cual fue capaz de elaborar modelos en todos los campos. Montaigne fue de las escasísimas excepciones, de europeos que a la distancia comprendieron la existencia de grandes civilizaciones en América. Incluso consideró que Europa debería imitar al Nuevo Mundo, pues a pesar de que el hombre es imperfecto, los ideales utópicos quedan superiormente cristalizados por los indios que por los europeos. La paradoja que salta a la vista, es que quienes teorizaron sobre la mejor forma de convivencia, fueron quienes menos pudieron llevarla a la práctica.

El mérito del Inca es que no cae en la trampa del discurso hegemónico europeo. Su mestizaje no lo hace privilegiar una cultura para menospreciar la otra. Si Europa construye una cultura hermética que rechaza lo que no se amolda a sus patrones, la posición del Inca es abierta a considerar la universalidad de una cultura a partir de su propia realidad. Deja sentir que aun cuando ésta no es la que detenta el poder, en ciertos aspectos fundamentales de la convivencia humana es mucho más rescatable. La finalidad de Garcilaso como intelectual latinoamericano, es realizar una síntesis entre categorías europeas y americanas, para que ambos mundos al comprenderse se valoren mutuamente. Su función mediadora se funda a partir de su intento de *reconciliación* entre dos mundos antagónicos.

II. LA COLISION RELIGIOSA

Quizás el único elemento de la sociedad incaica en donde Garcilaso no se muestra completamente americanista, es con relación al tema religioso. En 1598 se ordenó sacerdote, dando muestra de su firme creencia en una sola religión verdadera. Esta es la parte dogmática del Inca, la cual contrasta con la libertad de pensamiento que asimiló del humanismo italiano. A principios del siglo XVI, Maquiavelo lograba comprender que la

religión ha sido usada como instrumento del poder terrestre. El autor florentino se percató que el papado, en su afán de perpetuar la hegemonía política, encubría sus intereses bajo la máscara de la religión. Garcilaso también se sumaría a este criterio, pero restringiéndose únicamente a las creencias indígenas. En este sentido, dice que Manco Cápac “debió ser algún indio de buen entendimiento, prudencia y consejo, y que alcanzó bien la mucha simplicidad de aquellas naciones y vio la necesidad que tenían de doctrina y enseñanza para la vida natural, y con astucia y sagacidad, para ser estimado, fingió aquella fábula, diciendo que él y su mujer eran hijos del Sol, que venían del cielo y que su padre los enviaba para que doctrinasen e hiciesen bien a aquellas gentes”⁸. En este caso, le aplica un análisis racionalista a la manera de un libre pensador, dejando entrever que la religión inca pudo haber sido utilizada como disfraz político para la expansión del imperio. Su mestizaje religioso lo hace comprender el origen político de la religión incaica.

Como los católicos de la época, Garcilaso acepta que los indios carecieron de una “revelación”, pero no comparte que la religión que practicaron haya sido una obra del demonio, pues introduce el matiz de la utilización de ésta como instrumento ideológico. Si existe una imagen distorsionada de la religión de los incas, se debe no sólo al desconocimiento de los españoles del quechua, sino sobre todo porque se resisten a respetar formas foráneas de culto. En España todavía permanecía la concepción medieval ultramundana, la cual asumía que la explicación de todas las cosas obedecía a dos únicos principios, a saber: Dios o el demonio. Ante los ojos cristianos América fue concebida como creación demoníaca. Es más, el prejuicio hispánico llegó hasta el punto de concebir que el acto providencial de descubrir un mundo regido por el “demonio”, implicaba la misión de cristianizarlo. Garcilaso intenta atenuar esta posición, buscando en la cultura incaica indicios de que el cristianismo había llegado a ella en alguna forma. Incluso el parentesco es tal, que se refleja hasta en la propia intolerancia, pues al que no era de la religión incaica y cometía una blasfemia, se le castigaba dilapidándolo⁹. Sin embargo, la cuestión de

lo demoníaco, es sumamente complejo, pues cuando Garcilaso habla de Pachacámac, el paralelo inca del Dios cristiano, emerge su dogmatismo católico al manipular forzosamente sus ideas anteriores que le negaban el carácter diabólico a esta divinidad: “Pachacámac es el nombre que los historiadores españoles tanto abominan por no entender la significación del vocablo. Y por otra parte, tienen razón porque el demonio hablaba en aquel riquísimo templo haciéndose Dios debajo de este nombre, tomándolo para sí. Pero si a mí, que soy indio cristiano católico, por la infinita misericordia, me preguntasen ahora “¿cómo se llama Dios en tu lengua?”, diría “Pachacámac”, porque en aquel general lenguaje del Perú no hay otro nombre para nombrar a Dios sino este”¹⁰.

Ahora bien, ¿por qué el Inca no aplica el mismo análisis crítico al catolicismo extrayendo conclusiones análogas? ¿Fue un devoto recalciante de las bulas papales, o simplemente alguien que evitó enemistarse con los círculos religiosos? ¿Su simultánea crítica y valorización de la religión incaica, obedeció a una estrategia discursiva? Resulta evidente que Europa invalidaba y aplastaba todo aquello que se escapara a sus coordenadas. Por eso los nuevos puntos de vista exigían una formulación sutil. Ya en el siglo XVI, los autores utopistas empleaban el subterfugio literario de la ficción para encubrir su crítica política, o un Erasmo de Rotterdam mediante su *Stultitiae laus*, en el fondo hacía sentir un profundo descontento con el comportamiento eclesiástico. Pero no hay duda que de las naciones de la época, España fue la más intolerante, y no sólo con relación a las religiones no cristianas como la musulmana, la judía y la indígena, sino también entre los propios cristianos. Dos años después de la muerte de Garcilaso, estalla la Guerra de los Treinta Años entre católicos y protestantes (1618 - 1648), cuyas causas en la nación ibérica, se deben principalmente a su política contrarreformista. Lo cierto del caso, es que la atmósfera que rodeaba a Garcilaso estaba preñada de dogmatismo y fanatismo, lo cual le suscita una ambigüedad irresoluble: por un lado exalta las cualidades del imperio inca lamentando su desaparición; y por otro, el derramamiento de sangre que acarreó la conquista española, lo

percibe desde la atalaya de la redención cristiana que cumple su misión a través del dolor.

Según Garcilaso, la parte positiva de la conquista y la colonia, lo constituyó el advenimiento de la religión verdadera. El cristianismo brinda una dignidad moral al hombre en armonía con Dios y el mundo. Sin embargo, el Inca aun cuando fuera intelectualmente un hombre del Renacimiento, también coexiste en él una mentalidad medieval en materia religiosa. Precisamente, el afán ecuménico de la Iglesia, de proponer una *ecclesia universalis*, como objetivo común de la humanidad, es aceptado sin reservas por Garcilaso. Este aspecto lo expresa muy bien Juan Bautista Avall-Arce: “para nuestro historiador hay un instrumento elegido para esa universalización: el imperio español. Y por aquí se empieza a matizar con colores propiamente hispanos el adocenado pensamiento de la historiografía medieval y eclesiástica. Porque este mestizo peruano nos ha confrontado con esa característica forma de vivir y pensar que sustenta en vilo al siglo XVI español: el providencialismo mesiánico. La idea de la acción diaria de Dios en el quehacer histórico del hombre estaba arraigadísima en la Edad Media. Frente a esto, España se distingue por permanecer fiel a esa idea hasta mucho más acá de la Edad Media y darle un giro estrictamente personalista: Dios interviene en forma directa en la historia española y señala así a esta nación como el instrumento de su providencia. Imperialismo y providencialismo se convierten así en las dos caras de la medalla”¹¹.

La colisión entre la religión incaica y la religión cristiana, hizo imposible la reconciliación. Necesariamente, una destruye a la otra: se arrasan todos los templos e ídolos incas, en donde pueda esconderse el “demonio” que los ha inspirado. No se da la asimilación religiosa, sino la superposición religiosa. En términos generales, la conquista significó la utilización de los pueblos indígenas y no su comprensión. Si los misioneros cristianos se entregaron al estudio detallado de los nativos americanos, era con una intención eminentemente evangelizadora. Si se tuvo interés por la vida, las costumbres y la cultura de los indios, fue para cambiarlos, es decir, para imponerles una religión.

Como hijo de su tiempo, Garcilaso parte de la perspectiva medieval europea, asumiendo un

orbe perfectamente jerarquizado de etapas y avances progresivos. Todo ocurría según un diseño piramidal, de constante ascenso en la escala religiosa, que llevaba de la oscuridad y la barbarie de los tiempos primitivos, a un estadio superior de pueblos regidos por Dios y su Iglesia. En la mente del Inca hay una implantación jerárquica del orden religioso: (1) la época preincaica, en donde los hombres adoraban a una multitud de ídolos inferiores, (2) la época incaica, que estableció el culto monoteísta al Sol (el dios visible) y a Pachacámac (el dios invisible), mediante instituciones estables y paternas, y (3) la época de la conquista española, que impuso su universalismo eclesiástico al pretender llevar la religión verdadera.

Cuando Garcilaso reivindica a la cultura incaica del prejuicio de lo demoníaco, realiza el mismo procedimiento que al respecto del tema de la barbarie, al endosárselo a los grupos preincaicos. Mientras que los descendientes de Manco Cápac fueron capaces de rastrear “al verdadero Dios nuestro Señor”, los pobladores primitivos todavía no contaban con ese índice: “por mucho que alargue su imaginación, no llegará a imaginar cuán grandes fueron las torpezas de aquella gentilidad, en fin, como de gente que no tuvo otra guía sino el demonio”¹². Necesariamente hay que considerar que el Inca, como indio de sangre real, incurre en el mismo desacierto que los españoles al minusvalorar a otros pueblos *diferentes* del propio.

III. LA ANTROPOLOGIA COMO DEFINIDORA DE UNA IDENTIDAD UNIVERSAL

Un hecho muy significativo del pensamiento de Garcilaso que arroja una luz esclarecedora sobre la cuestión de la identidad, es que está convencido de la fundamental unidad del ser humano. A pesar de las diferencias de raza, clima y época, la naturaleza humana es esencialmente la misma. El problema de la identidad, que suele aferrarse a lo accidental y particular, quedaría subsumida por un substrato permanente y universal que es común a todos los seres humanos. Por eso Garcilaso no emprende una defensa a ultranza de la regionalidad indígena en detrimento de lo

europeo o viceversa. El problema de fondo radica, más bien, en la comprensión de la *natura* y la *ratio* en la historia humana. Estas ideas se hallan implícitas en sus crónicas, como por ejemplo el relato *La Florida* (1605), en donde realiza continuas comparaciones entre el indio de la Florida, el hombre de la antigüedad clásica, el indio de México y el Perú y el propio español¹³. En los *Comentarios* desde el "Proemio al lector", el Inca dice que la ciudad del Cuzco fue otra Roma en aquel imperio. Asimismo, la mentalidad de los indios del Perú, al igual que los paganos y cristianos, han concordado en mitos semejantes. Salta a la vista el paralelo entre el mito del diluvio y la repartición del mundo tanto entre los antiguos hebreos como entre los incas¹⁴. Las religiones en el fondo son uniformes por la característica común en el hombre que es la razón: "los reyes Incas y sus *amautas*, que eran los filósofos, rastrearon con lumbré natural al verdadero Dios y Señor nuestro"¹⁵. Incluso llama la atención la semejanza que guardan los mitos escatológicos orientales y órfico-pitagóricos, con la creencia de la nación de Cauña: "sus primeros padres habían salido de una laguna, adonde decían que volvían las ánimas de los que morían, y que de allí volvían a salir y entraban en los cuerpos de los que nacían"¹⁶.

Si las cosmogonías indígenas están entroncadas con las paganas y cristianas, es porque el hombre, durante toda la historia, ha sido psicológicamente el mismo. Por eso en el Inca la identidad no está enraizada con la defensa de una nacionalidad o etnia. La posición garcilesca con relación a la identidad es *cosmopolita*. Ya al inicio de los *Comentarios* refleja esta idea cuando dice "que no hay más que un mundo, y aunque llamamos Mundo Viejo y Mundo Nuevo, es por haberse descubierto aquél nuevamente para nosotros, y no porque sean dos, sino todo uno". Garcilaso leía con avidez a los estoicos¹⁷, los cuales junto con el neoplatonismo y el epicureísmo, fueron las corrientes más revitalizadas durante el Renacimiento. Con los primeros asimiló la doctrina del "ciudadano del mundo" (κοσμοῦ πολίτης). Ya decía Zenón que "debemos considerar a todos los hombres connacionales y conciudadanos; sea la vida una y el mundo como una grey todo unido, criado con una ley común"¹⁸.

En Garcilaso no existe todavía la separación entre el universalismo clerical y el cosmopolitismo laico, pues tal distinción sólo aparece hasta la época del Iluminismo. El mensaje ecuménico se apoyaba en pasajes como "id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura"¹⁹; mientras que afirmaciones de fraternidad universal encontraban eco en expresiones como "todos vosotros sois hermanos"²⁰. Sin embargo, desde el tiempo de la Reforma, la evangelización católica consistió en disciplinar a las masas populares, para que se adaptaran al seno de una Iglesia jerárquicamente organizada, a quien le correspondía la definición y difusión del cristianismo.

En Garcilaso la tesis de la homogeneidad antropológica, no le permite enfrascarse en la defensa a ultranza de un regionalismo, ni mucho menos en la división de la humanidad en naciones hostiles. En él subyace la idea de que la justicia y la fraternidad entre los pueblos sólo descansa en el reconocimiento del mundo como una sola patria. La unidad fundamental del hombre, es el axioma que le permite invalidar los prejuicios europeos de inferioridad moral y cultural que le asignaban a los indios americanos.

IV. LA CONCEPCION HEROICA DE LA HISTORIA

El tema de la historia y la crónica es vital para Garcilaso, pues él mismo es parte de ella y su estudio es una forma de autoconocerse. En los *Comentarios* se encuentra comprometido como testigo directo y no como alguien que relata hechos a la distancia sin haberlos experimentado en carne propia. En este sentido, son elocuentes las palabras de José Miguel Oviedo: "hay que considerar el fundamento de su obra y uno de los aspectos más creadores: el Inca es el sutil narrador del proceso de su propia historia dentro de la Historia, como fenómenos contiguos"²¹. En todo caso, su concepción de la historia es fatalista y refleja una cierta tristeza por la gran "tragedia" que supuso la desaparición del Imperio inca²². En el fondo, su obra significa el *psicoanálisis* histórico del trauma de la conquista. Sin embargo, en Garcilaso existe

una cierta actitud estoica que lo hace ver positivamente los destinos adversos.

Dentro de las cuatro formas de narrar los sucesos pasados: la historia, los anales, las memorias y los comentarios, Garcilaso escoge el último que es el más humilde al comentar lo referido por otros autores. Asimismo, utiliza como fuentes la oralidad incaica y la tradición escritural española, otorgándoles a ambas un mismo valor. Lo que llama la atención es que tanto para el Inca como para Maquiavelo, la historia constituye la maestra del presente. La naturaleza del hombre al ser inmutable, no hace sino repetir lo ya vivido. En el caso del pensador florentino, el estudio de la historia es capaz de generar la previsión de los acontecimientos ya sean favorables o nefastos. En cambio, Garcilaso es poseedor de una concepción heroica de la historia incaica, que difícilmente da apertura a la consideración de un pasado vergonzoso. Es probable que su posición sustente la perspectiva del humanista Juan Luis Vives, quien señalaba que la historia no debe ser la perpetuación de las infamias, sino sólo la remembranza de las cosas buenas. En esta tónica, podemos decir que la historia se convierte en una forma modélica para la enseñanza de los pueblos y es parte de una literatura anticuaria que se posa sobre un pasado glorioso. La identidad de los pueblos se construye en la ilustre genealogía de los discursos orales o escritos. El Inca tiene la inseguridad de que si deja entrever hechos bochornosos, difícilmente se podría trazar una era de glorias épicas que, a su vez, puedan servir como instrumento de oposición contra la mentalidad colonialista.

Garcilaso no sólo se nutrió con el pensamiento renacentista, sino que fue su estrategia discursiva para que en las conciencias de los europeos existiese una identificación con el mundo incaico, al hablarles de éste con sus propias herramientas conceptuales. El descontento con la realidad social y política del Viejo Mundo, condujo a que Tomás Moro en 1516 popularizara el tema de la utopía, a la que luego se sumarían teniendo presente el tema americano figuras como Bacon y Campanella. Asimismo, la revitalización del neoplatonismo, retomaba el tema de la kalípolis platónica, en donde gobernaban los filósofos en medio

de una comunidad de bienes. En este sentido, el Inca tiene la habilidad de presentarnos a Manco Cápac como uno de esos príncipes-filósofos que gobiernan con justicia y benevolencia y adoctrinan a los hombres en lo más eximio de la filosofía moral²³. La propia sociedad incaica estimaba el oro como “cosa superflua, porque ni era de comer ni para comprar de comer”²⁴.

Es probable que la narración de Garcilaso sobre el imperio incaico, trasluzca alguna idealización como producto de la amalgama entre la realidad y la ficción, pero sólo en el sentido en que lo verdadero es hermosamente ilustrado. De León Hebreo siguió el consejo de embellecer para “sacar fuera las esencias” de las cosas. Sin embargo, el Inca nunca perdió de vista la base histórica, siendo el contenido esencial de su narración un hecho inobjetable. Incluso Raimondi en su *Historia de la geografía del Perú*, certifica la exactitud geográfica de la obra garcilesca. En todo caso, resultaría un anacronismo imponerle al mestizo cuzqueño las exigencias que hoy día se le puntualizan al historiador. En este sentido, difícilmente se podría concordar con la tesis de Marcelino Menéndez y Pelayo cuando asume a los *Comentarios* como una “novela utópica”²⁵. Todos los críticos que también se han adherido a esta posición, revelan la misma incapacidad de poder comprender que no sólo las culturas clásicas y cristianas son *creadoras* y *civilizadoras*.

Para los europeos el descubrimiento de América significó el hallazgo de un “Mundo Nuevo”, es decir, sin historia. A sus ojos, el nuevo continente se convertía en su *otro yo* idealizado. América surgió como la gran utopía. Sin embargo, la tierra de promisión al presentarse sin pasado, necesariamente desarraigaba a sus moradores. La identidad del hombre se construye a lo largo de la historia y generalmente el americano no ha querido reconocer su pasado al vivir en el futuro, es decir, en querer seguir siendo utopía europea. Garcilaso, en cambio, es el primer autor que se atreve a reconocer una historia americana, cuyas tradiciones no fueron trazadas por Europa. El Inca considera que la historia de América no es utopía, porque no es la *proyección* de un Viejo Mundo cansado de su historia, que intenta en *otro lugar* empezar de nuevo.

La posición del Inca es de suma importancia, pues a partir de él América comienza a tomar conciencia de su propia nacionalidad. El continente ya había iniciado su historia como civilización sedentaria muchos siglos antes de la llegada de los españoles. Si Garcilaso es el Heródoto de América, es porque supo entretener los rasgos épicos de una tipología india, hasta alcanzar una estatura universal.

V. LA YUXTAPOSICION DE LOS IMPERIOS Y EL LEGADO A LA IDENTIDAD LATINOAMERICANA

En su momento histórico, Garcilaso presenta una de las conciencias más lúcidas y equilibradas sobre la cuestión del imperialismo. Su reivindicación del imperio inca, no se apoya en una diatriba contra el imperio español. Por el contrario, un Bartolomé de las Casas en su *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias* de 1552,²⁶ acomete contra los españoles quienes fueron como lobos que devoraron un rebaño manso e inocente. El procedimiento de Garcilaso es distinto, pues valora al imperio incaico como una gran civilización y no en base a la defensa de un buen salvaje acultural. El mundo político, social y cultural de los incas, es tan valioso como cualquiera de los que han existido en la historia. Incluso rescata el valor militar de su nación, al haberse configurado en ella toda una historia épica. Quizás la capitulación de los incas ante los españoles se haya facilitado por la crisis entre los hermanos Huáscar y Atahualpa, es decir, que en condiciones normales los incas no hubieran caído derrotados. Dentro del universalismo garcilesco, se hallan implícitos paralelos entre el imperio inca y el español. Deja entrever que podría existir justificación a la hora de conquistar a los pueblos sumidos en la barbarie, pero no así cuando se trata de pueblos civilizados. Por eso se desaprubaban los casos en que los incas sojuzgaron a poblados con un alto desarrollo en su civilización. Este punto de vista hace muy probable que el Inca, al menos inconscientemente, estuviera tratando de invalidar la conquista española sobre una sociedad que culturalmente no le iba a la zaga. Si los incas durante la conquista se

mostraron más "benévolos" y sin avaricia por el oro, no es tampoco una razón suficiente para avalar también su faceta negativa.

Según la concepción garcilesca, el advenimiento del imperio inca sobre los grupos preincaicos, fue el elemento civilizador que preparó la llegada del cristianismo. Es más, los incas sí supieron asimilar pacífica y persuasivamente a los conquistados, pues les mostraron un género de vida muy superior al que antes poseían. Probablemente esto sea una crítica velada a los españoles que no sólo percibían distorsionadamente la realidad americana, sino que su principal interés se cifraba en la adquisición de oro, de tierras y de tomar a los indios como siervos encomendados. Como quiera que sea, Garcilaso no llega hasta el punto de comprender que la religión haya sido, en la mayoría de los casos, una coartada para paliar la ambición y la maldad humana.

En el imperio español, el poder político y el poder religioso, justificaron el derecho a la conquista mediante títulos jurídicos como el "requerimiento". En medio de una tradición notarial, los españoles requerían a los indígenas -a través de un lenguaje desconocido-, dándoles aviso de la supremacía del papa y de la Corona, para que se sometieran pacíficamente, o de lo contrario, se les esclavizaría y confiscaría los bienes y las esposas. Otro título de origen medieval fue el "*res nullius*", el cual consideraba justo apropiarse de los territorios que no estaban regidos por la fe cristiana. Por tal motivo, a los pueblos paganos e idólatras se les podía despojar de todas sus posesiones, a fin de facilitar la predicación. Estos documentos revelaban el espíritu de cruzada que caracterizó a los españoles de aquella época,²⁷ quienes adoptaron esa mentalidad como pretexto y evasión de su responsabilidad moral ante atrocidades injustificadas. Excepciones como Las Casas y Vitoria, se basaron en el derecho natural para combatir con denuedo tales abusos "legales". Ambos asumieron que el mensaje de Cristo había sido invertido, puesto que la expansión política avalada por las bulas papales, fijaba más su interés en lo terrenal que en lo espiritual.

El nuevo problema que se le presentaba al continente americano, consistía en cómo encajar y

acomodarse a otro imperio. De esto resultaban portavoces la nobleza incaica, quienes en tiempos de Garcilaso decían: "Trocósenos el reinar en vasallaje"²⁸. La cuestión de la dominación, no importa de qué tipo sea, sigue siendo una de las constantes que no ha dejado de latir en el corazón de Latinoamérica, y Garcilaso es uno de los primeros en asumir en torno a ella una actitud reflexiva.

Al igual que la religión, el imperio español se yuxtapone al imperio incaico. La conquista del altiplano americano, no condujo al desalojo y al exterminio de los indígenas como en las llanuras del continente. Sin embargo, en regiones como Perú, Ecuador, Bolivia, Colombia y México, los conquistadores con no poca sorpresa se toparon con sociedades altamente civilizadas. Por eso es fundamental la figura de Garcilaso que revisa y rectifica la versión "oficial" que la crónica había dado a la conquista. El intelectual latinoamericano, ya sea como indio o mestizo, podía dar cuenta del drama de la conquista desde la perspectiva de los vencidos. A partir de modelos europeos, el Inca reivindica una "indianidad" capaz de engarzarse en medio de un pueblo sojuzgado.

El lastre de la colonia en Latinoamérica, no generó el genocidio indígena, pero sí el que la gran masa de hombres se adaptaran a los intereses de la clase dominante, es decir, que fueran víctimas de la explotación. El imperio español heredó a América Latina, algunas estructuras de la política medieval. Formas del feudalismo se aplicaron en suelo americano al subyugar laboralmente a los indios mediante sistemas latifundistas. No fue el Renacimiento italiano de corte antropocéntrico el que se trasladó de Europa a Latinoamérica, sino un imperio en decadencia cuyas formas teocráticas de convivencia sumieron a su población en la minoridad mental.

Hay que destacar una serie de elementos que convierten a Garcilaso en uno de los símbolos más imperecederos de América. Su doble ascendencia india e hispana, aunadas a las condiciones de un prosista genial, lo convierten en el primer forjador de la identidad latinoamericana. Por algo Menéndez y Pelayo señaló que los *Comentarios* constituyen el libro más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito. La paulatina

idealización que se ha hecho del Inca, no sólo ha obedecido a la apasionada reivindicación de su estirpe, sino, sobre todo, porque se ha interpretado en sus escritos un cierto antihispanismo implícito. Sospechas de esta índole pudieron haber inducido al Consejo de Indias a prohibir su lectura y ordenar que se recogiesen los ejemplares dispersos. En todo caso, la mentalidad dominante del colonialista español, contrastó durante el siglo XVII con la fama que rápidamente despertó la obra garcilesca en diversas traducciones y reediciones realizadas en Francia, Holanda e Inglaterra. El interés se centró en que su perspectiva fue el primer testimonio de un "indio" que escribió sobre los orígenes y la conquista de su pueblo. Pero hay algo más, y es que Garcilaso les hizo inteligibles al público europeo -mediante la trasposición de modelos incaicos a modelos renacentistas-, un mundo hasta entonces incomprendido.

La obra del Inca es muy compleja porque se gesta en una época plagada de violencia y conflictos raciales. Es posible apreciarla desde ópticas disímiles: por un lado da apertura a una complementariedad entre lo hispano y lo indígena; y por otro, deja sentir la dificultad que tal equilibrio encierra. En este último sentido, llama la atención cómo insurgentes peruanos del siglo XVIII, se inspiraron en la figura de Túpac Amaru, el cual es descrito en la *Historia General del Perú* como uno de los principales mártires de la nobleza incaica. Asimismo, tampoco es de extrañar que el general San Martín haya enarbolado los *Comentarios Reales* como la bandera patriótica de las repúblicas sudamericanas. De cualquier manera, la vigencia de la obra del Inca, no sólo ha radicado en la percepción de ella como el reflejo más profundo de la emancipación imperialista, sino, sobre todo, porque es una de las más grandes configuraciones de la nacionalidad americana. Incluso sus narraciones representan uno de los primeros antecedentes del indigenismo, el cual todavía se mantiene presente en el pensamiento y la literatura contemporáneas.

El latinoamericano se ha visto desde diversos ángulos reflejado en la figura del Inca. Como individuo que se sentía más español en América y más indígena en España, de ello puede derivarse el tema del desgarramiento cultural. Sin embargo,

no se debe perder de vista que en Garcilaso existe una visión cosmopolita que le otorga un enriquecimiento cultural. En cambio, la *inadaptación* del hombre americano, sobre todo del criollo, ha generado una de las "enfermedades" más constantes en Hispanoamérica, al tratar de ser una simple continuación de Europa. El mérito del mestizo cuzqueño, es no haber despreciado lo americano por embelesarse con lo europeo, ni tampoco haber quedado resentido con éste. Es más, cuando habló de una cultura americana, no lo hizo *repitiendo* lo que Europa imponía, sino afirmando el hecho de tener una historia y un destino propios.

CONCLUSION

Mi exposición sobre el Inca Garcilaso ha intentado explicar su pensamiento a la luz de los supuestos de su propia época, asumiendo que su mestizaje constituyó un factor de enriquecimiento. En él confluyen elementos europeos y americanos que lo convierten en una *novedosa síntesis* racial, cultural e histórica. La búsqueda de las propias raíces, según el mestizo cuzqueño, lejos de ser una defensa o un repudio hacia una determinada región, tiene un sentido cosmopolita y universal. En su caso, tuvo la incomparable ventaja de poseer una verdadera comprensión del mundo indígena, sin cerrarse, a su vez, a dar apertura a lo más selecto del mundo europeo.

Garcilaso es un arquetipo del intelectual latinoamericano. En él se aprecian una serie de pautas que, consciente o inconscientemente, son retomadas por muchos de los más destacados pensadores del hemisferio. Estas características, como se ha demostrado, se pueden sintetizar de la siguiente manera: (1) Una utilización de modelos europeos para aplicarlos creativamente a la propia realidad. En el Inca, los códigos renacentistas no son usados a la manera de un típico europeo. En este sentido, mediante categorías ya establecidas es capaz de comprender con mayor profundidad la propia realidad. (2) Una búsqueda de la identidad a través del estudio de la historia. Garcilaso estructura mediante un discurso, un pasado ejemplar que había sido ignorado y menospreciado por la mayoría de los europeos. Esto conduce a que la comprensión

del mundo americano, se realice principalmente a partir de una conciencia histórica. (3) Con base en una hibridez cultural, se establece una intermediación y reconciliación entre lo indígena y lo europeo. El mestizo latinoamericano al hacer una reconversión de categorías incaicas a categorías renacentistas, intenta unir dos mundos encontrados. (4) Una reivindicación de los valores de la cultura americana, cuya validez contrastó en la época de Garcilaso con la mentalidad colonialista. (5) Una desmitificación del discurso hegemónico europeo, que circunscribe la originalidad y la universalidad únicamente a sus propias producciones.

NOTAS

1. Este es el punto de vista de J.C. Mariátegui, quien interpreta al Inca como el primer forjador de la nacionalidad peruana: "En Garcilaso se dan la mano dos edades, dos culturas. Pero Garcilaso es más inca que conquistador, más quechua que español. Es también un caso de excepción. Y en esto residen precisamente su individualidad y su grandeza. Garcilaso nació del primer abrazo, del primer amplexo fecundo de las dos razas, la conquistadora y la indígena. Es, históricamente, el primer "peruano", si entendemos la "peruanidad" como una formación social determinada por la conquista y la colonización españolas. Garcilaso llena con su nombre y su obra una etapa entera de la literatura peruana. Es el primer peruano, sin dejar de ser español", cf. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Ediciones Era, 1979, p. 211.
2. El propio Inca señala que el nombre "Perú" fue una imposición española, que no hacía sino seguir la costumbre de denominar a la tierra que descubrían con el nombre que dijera el primer indio que encontraban. Se trata de una corrupción de un vocablo quechua que los propios indios asumían a regañadientes, pues nunca tuvieron un nombre general para denominar a su vasto imperio, cf. *Comentarios Reales de los Incas*, 2 vols., Buenos Aires: Emecé Editores, 1943, I, IV - VII. Incluso el título *Historia General del Perú*, fue el nombre que le dieron los editores a esta obra póstuma, pues Garcilaso la había concebido como la *Segunda parte de los Comentarios*.

3. Esto puede ilustrarse con lo que dice el ensayista francés Michel Montaigne refiriéndose a los indios del Nuevo Mundo: "Las palabras mismas que significan la mentira, la traición, el disimulo, la avaricia, la envidia, la detracción, el perdón, les son desconocidas. ¡Cuán distante hallaría Platón la república que imaginó de la perfección de estos pueblos!", cf. *Ensayos Completos*, vol. 3, Buenos Aires: Ediciones Orbis, 1984, XXX, p. 250.
4. *Historia General del Perú*, 3 vols. Buenos Aires: Emecé Editores, 1944, VI, XIX: "Luego cortaron la cabeza al Inca, el cual recibió aquella pena y tormento con el valor y grandeza de ánimo que los Incas y todos los indios nobles suelen recibir cualquiera inhumanidad".
5. *Comentarios Reales*, II, XXI - XXVIII.
6. Un libro que se dedica a extraer los elementos renacentistas de la obra del Inca, es el de Luis Arocena, *El Inca Garcilaso y el Humanismo Renacentista*. Buenos Aires: Artes Gráficas Bartolomé, 1949.
7. G.H. Prescott. *Historia de la conquista del Perú*. Trad. Nemesio Fernández. Buenos Aires: Editorial Schapire, 1967, p. 196.
8. *Comentarios Reales*, II, XVII.
9. *Comentarios Reales*, I, XV.
10. *Comentarios Reales*, II, II.
11. Avalor-Arce, J.B. *El Inca Garcilaso en sus "Comentarios"*. Madrid: Editorial Gredos, 1970, p. 17.
12. *Comentarios Reales*, I, XIV.
13. *La Florida*, V, I.
14. *Comentarios Reales*, I, XVIII.
15. *Comentarios Reales*, II, II.
16. *Comentarios Reales*, I, III.
17. Sobre este tema puede consultarse de José Durand, "La biblioteca del Inca Garcilaso", *Nueva revista de filología hispánica*, v. II, México, 1948.
18. Plutarco, *De Alex. virt.*, I, 6, 329.
19. *Marcos* 16, 15.
20. *Mateo* 23, 8.
21. J.M. Oviedo. *Historia de la literatura hispanoamericana*, 1. *De los orígenes a la emancipación*. Madrid: Alianza Editorial, 1995, p. 194.
22. *Comentarios Reales*, VIII, XIX.
23. *Comentarios Reales*, I, IV - XXVI; II, XVII.
24. *Comentarios Reales*, V, VII.
25. Sobre la polémica acerca de si los *Comentarios Reales* son "novela utópica" o un texto histórico, puede verse de E. Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, I. *La colonia. Cien años de República*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 65 ss. La primera propuesta se deriva principalmente de la perspectiva eurocéntrica que adopta Marcelino Menéndez y Pelayo: "Los *Comentarios Reales* no son textos históricos, son una novela utópica como la de Tomás Moro, como *La ciudad del Sol* de Campanella, como la *Océana* de Harrington; sueño de un imperio patriarcal y regido con riendas de seda. Para lograr tan persistente efecto, se necesita una fuerza de imaginación muy superior a la vulgar, y es cierto que Garcilaso la tenía tan poderosa, cuanto deficiente era su discernimiento crítico", cf. *Historia de la poesía hispanoamericana*, t. II. Madrid: 1913, pp. 148 - 49.
26. Las Casas, Bartolomé. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1995.
27. Sobre este tema puede consultarse el libro de Roberto Marín Guzmán *El espíritu de cruzada española y la ideología de la colonización de América*. San José: Editorial Alma Mater, 1992.
28. *Comentarios Reales*, I, XV.